

LA DEVALUACIÓN DE LA RAZÓN. URGENCIA DEL PENSAMIENTO TOMISTA EN LA UNIVERSIDAD DEL SIGLO XXI

Lydia Jiménez

1. LA DEVALUACIÓN DE LA RAZÓN

La razón es esta facultad del alma espiritual por la que nos asemejamos a Dios (*logos*) y nos conformamos con la realidad; nos “hacemos, en cierto modo, todas las cosas”, que no son sino ideas de Dios que han tomado cuerpo. La experiencia de todos los hombres –una experiencia interior, espiritual, espontánea- constata que conocemos la realidad y también la realidad del amor, de la justicia, de nuestra alma, de la libertad, de las realidades espirituales, de Dios, en fin, a partir de datos que nos proporcionan los sentidos. Sobre esta razón actúa la fe.

Pienso que cuando alumbró la razón en el primer hombre, lo primero que haría sería asombrarse, no hacer cálculos utilitarios. Asombrarse ante la realidad, ante la grandeza del otro ser humano (la mujer). Y con el asombro, surgiría la admiración, la alegría íntima y el amor, el respeto y la elevación espontánea hacia su Autor. Es el comportamiento lógico de una inteligencia en toda su pureza. Sólo después vendría –por tentación del Maligno- el afán desordenado de dominio y, con él, la enfermedad de la razón.

Como dijera Platón y Aristóteles, la sabiduría comienza con el asombro, el cual despierta el amor (*filo-sofía*). El estupor ante el misterio es el punto de partida del saber propiamente humano. El estupor rima muy bien con el amor y con la fe, y es que la razón está unida a las demás facultades. En esta armónica unión, el hombre se eleva, como águila, sobre la tierra, hacia su Patria. Razón y fe y caridad van unidas.

Pero el pecado original rompió esta armonía. Con la filosofía moderna se hace explícita la ruptura entre fe y razón, absolutizando ésta; pero también comenzó entonces el proceso de devaluación de la razón, negándole la posibilidad de conocer lo trascendente. Esta razón, ajena a la fe y a la metafísica, sería la dueña del mundo (“saber es poder”), imponiendo su dogma: Sólo hay una verdad, la científica-experimental; el resto –en realidad las cosas que más nos importan, las del sentido- es fruto de la creencia, opinable y relativa. Así podríamos ser tolerantes.

Pero en vez de tolerancia vino el fanatismo de la Revolución Francesa, las revoluciones del XIX, las dos guerras mundiales del XX y la “tercera, por partes” (Papa Francisco), del XXI. Tiene razón Benedicto XVI: no habrá paz si no se desmantela el relativismo.

Porque relativismo y cientificismo vinieron juntos. Husserl, en *La crisis de las ciencias europeas* -Ya era patente el triunfo de Hitler y la amenaza de una nueva guerra- critica la devaluación de la razón que hay en ambas actitudes: **la falta de sentido en la razón experimental, y de racionalidad y orden en el relativismo**. Husserl hizo una llamada a recuperar el *Logos* de la filosofía clásica, que **explica el sentido desde la racionalidad**, ese

sentido que busca, inconscientemente la humanidad y da unidad y orden a los conocimientos científicos. Es necesario –afirma Husserl- **mantener unidos la racionalidad y el sentido de la existencia**. La racionalidad que destruyó el relativismo y el sentido que desconoce y desprecia la razón positivista. La tragedia ha sido separarlas, sentenciando que lo referente al sentido de la existencia, a lo espiritual, no es ciencia, sino opinión; y que solo lo experimentable es racional, científico y eficaz.

La universidad del s. XX se montó sobre este dogma: racionalidad y sentido de la vida se oponen. Y como la universidad es el campo de la racionalidad, había que excluir de ella el sentido (la ética, la dignidad de la persona, Dios...). Creo que este planteamiento explica por qué tantos intelectuales pusieron su saber al servicio del nazismo.

Como esa “racionalidad” era una sinrazón, vino la 2ª guerra mundial y luego la crítica filosófica que desveló su absurdo. La Fenomenología, el Existencialismo, el Personalismo, la Escuela de Frankfurt fueron las corrientes críticas de esta “razón” irracional. Pero como somos muy olvidadizos, enseguida la razón calculadora y burguesa, ajena al sentido, se adueñó de nuevo de la sociedad y de la Universidad.

Recordemos el Mayo de 1968 y los lemas de La Sorbona:

“Prohibido prohibir”,

“La imaginación al poder”,

“No queremos un mundo donde la garantía de no morir de hambre supone el riesgo de morir de aburrimiento”,

“Seamos realistas, exijamos (hagamos) lo imposible”.

“Olvídense de todo lo que han aprendido. Comiencen por soñar”.

“Mis deseos son la realidad”.

“Abraza a tu amor sin dejar tu fusil”.

“En los exámenes, responde con preguntas.”

“Sí a Heráclito, no a Parménides”, etc.

Años antes, Jacques Maritain y su novia, Raissa, buscadores de la verdad, habían decidido no seguir viviendo si no encontraban que la vida tuviera sentido. La fe, que encontraron a través de la amistad de Leon Bloy y otros, les salvó. En mayo del 68 había muchos sedientos de verdad, o, al menos, hartos de esa “racionalidad” burguesa pero no encontraron, quizá, amigos como Bloy.

El marxismo, aliado del existencialismo y freudismo, supo aprovecharse de esta repugnancia ante lo absurdo, sembradora de inquietud, e hizo de aquellos jóvenes, luchadores violentos. Nunca faltan injusticias sociales y es propio del joven rebelarse. Nace el “feminismo radical” con Simone de Beauvoir y su lucha contra la maternidad y la familia, entendidas como medios opresivos. No supieron dar con la razón de la sinrazón, y culparon a la razón de todo. Pero no era la razón la culpable, sino esa razón devaluada, ajena al sentido, la reductiva y dominadora razón técnica que ya criticara Husserl. Y para

criticarla, reivindicaron de nuevo el relativismo, el sentimiento, la imaginación y la libertad sin verdad. En el fondo, como siempre, muchos buscaban (otros, no) el *Logos*, el sentido de la vida, pero inadecuadamente.

Pasa el 68. Muere el marxismo y “las ideologías”, o más bien, se transforman en otras: Neoliberalismo, Mercado, Democracia, Bienestar, Globalización, Género... Y llegamos al siglo XXI donde parece que, efectivamente, ha triunfado Heráclito en esta “Sociedad líquida” (Bauman). Pero hay una constante permanente: siempre se trata de la negación del ser, de la verdad, siempre es la devaluación de la razón, y, por ello, del hombre, porque siempre se trata de la oposición al plan de Dios creador, a la naturaleza. Y, negado el fundamento, no nos sostenemos; estamos desasosegados, a la vez que, parmenídeamente, mortalmente, estáticos, pasivos, bloqueados, sin cambiar profundamente.

2. MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD

“¿Qué busca quien viene a la Universidad?”.

Romano Guardini comenzaba con esta pregunta una conferencia sobre la “Responsabilidad del estudiante para con la cultura”, en 1954¹. Respondía con cuatro objetivos que, según él, muestran el sentido y la misión de la Universidad.

En primer lugar, “el alumno busca crecer”, realizarse como persona y eso incluye muchas más cosas que un programa de estudios. Pienso de nuevo en la universidad de París y en san Alberto Magno, santo Tomás y san Buenaventura, cómo se ayudaron a crecer; años después, san Ignacio, san Francisco Javier, san Pedro Fabro y otros compañeros; y años después, Maritain y Raissa...

En segundo lugar, el estudiante busca prepararse para una profesión, base de su vida futura. Fin muy digno, si entendemos la profesión como servicio a la sociedad y no como mero medio de ganar dinero. En este punto, la Universidad, dice Guardini, debe exigir **seriedad en la responsabilidad intelectual. Es decir, se trata no de acumular conocimientos sino asimilarlos, de** amueblar las mentes, formar criterios, pues se necesitan profesionales sensatos y prudentes, competentes.

En tercer lugar, el estudiante busca investigar: buscar la verdad, por ella misma, sin preguntarse por la aplicabilidad de lo hallado. Apasionante y fatídica tarea porque no tiene fin, pues cada nuevo descubrimiento abre muchos más. Es preciso aquí seriedad en la búsqueda de la verdad, sin intereses. Libertad en la verdad.

En cuarto lugar, el estudiante busca la verdad, sin más. Sin la verdad la Universidad “*se pone enferma*”, afirma Guardini. Pero esta “verdad” va más allá de “*la corrección*”, que es la verdad en los contenidos de cada disciplina; se trata de la “**verdad**” como tal, que no es otra cosa que la verdad última sobre el sentido de la vida.

¹ Munich. Publicada recientemente con el título *Tres escritos sobre la universidad*, Navarra, EUNSA, 2012.

La primacía de la verdad última no desplaza a las verdades próximas de las ciencias particulares, lo que hace es dar sentido y orden al conjunto del saber. Se habla de “**Interdisciplinariedad**”, y es parte de la misión de la Universidad, pero es imposible sin un principio rector. ¿Dónde ponerlo? Sin duda en el fundamento del ser, de la verdad, de la belleza, del bien, de la unidad: Dios. Por El, el uni-verso –misma raíz que “uni-versidad”- es Cosmos (orden) y la Universidad debe ser un *Cosmos del saber*, de mutuo enriquecimiento y fecundidad, en la clave de unión, que es Dios, un Dios-Verdad, que se “vierte” hacia (“versus”) todos los seres...

Misión sublime la de la Universidad: búsqueda, en común y en amistad, de la verdad, sinfónica, que realice al hombre, le dé sentido y le prepare para una profesión al servicio del bien común. Verdad operante y “*en salida*” para lograr una sociedad feliz.

Para lograr esto la Universidad debe ser libre, autónoma, respecto al Estado o al Mercado.

El Papa Benedicto XVI, en el discurso que no llegó a leer en la Universidad de la “*Sapienza*”, (Roma, 2008), decía algo parecido al señalar tres características que definen la universidad y su misión: *la autonomía* (libertad frente a las autoridades políticas o de otro tipo); *el afán de conocimiento*, propio del hombre, que quiere saber qué es todo lo que lo rodea, que quiere la verdad; y, en tercer lugar, el compromiso *de vivir esta verdad, ponerla en práctica*. Benedicto XVI insistía en afirmar que la verdad nunca es sólo teórica y recordaba a san Agustín: “*el simple saber produce tristeza*”. Tiene que haber siempre una práctica de todo saber, no necesariamente de experimentación positiva y de utilidad medible, sino la realización del bien, personal y social.

Le es preciso a la universidad comprender que la Filosofía y la fe sí sirven, y para mucho; sirven sin ser siervas sino de la verdad; sirven porque “reinar es servir”. Al defender esto no se trata de que la Universidad deba pretender el saber por el saber. Platón y Marx lo criticarían, pues es preciso transformar el mundo y a sí mismos. La verdad es teórico-práctica. Saber para hacer y obrar, siempre para el bien común. La verdad sí sirve, y mucho. La Universidad tiene que demostrarlo.

El beato cardenal Newman defiende que **no hay Ciencias sin Humanidades** pues éstas forman mejor la cabeza que aquéllas, en la cuestión del fundamento y del sentido. Dice que, si las ciencias y las técnicas han florecido en Occidente es, en primer lugar, porque fue un ámbito y una cultura en la que se cultivó la interioridad; así el hombre encontró las razones para comprender el mundo. Por el cultivo del espíritu surge la Universidad y la civilización, por este cultivo se mantuvo².

Así pues: Misión de la Universidad: Búsqueda de la verdad, para difundirla y hacerla cultura. Para ello, autonomía en la verdad. ¿Cumple esta misión la Universidad del XXI?

² Cf. “Cristianismo y Letras”, conferencia impartida en la Facultad de Filosofía y Letras en noviembre de 1854, publicada por la Universidad Católica de Irlanda. En *Idea de la Universidad* (2104), pág. 33 siguientes.

3. LA UNIVERSIDAD DEL S. XXI

Hay una diferencia radical respecto a aquellas universidades que nacieron para buscar juntos, maestros y discípulos, la verdad. El objetivo ahora no es éste. **Benedicto XVI**, en su discurso a los jóvenes profesores universitarios en El Escorial (Madrid, 2011) decía: *“La Universidad encarna un ideal que no debe desvirtuarse ni por ideologías cerradas al diálogo racional, ni por servilismos a una lógica utilitarista de simple mercado, que ve al hombre como mero consumidor”*.

Apuntaba al mismo peligro que denunciara Husserl y que sigue vigente: *“Sabemos -decía- que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen como criterio principal, las pérdidas pueden ser dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, más allá de ella misma, hasta el totalitarismo político que se aviva fácilmente cuando se elimina toda referencia superior al mero cálculo de poder”*

La Universidad del siglo XX no supo unir racionalidad y sentido, a pesar de las muchas voces críticas y revueltas estudiantiles. **Hoy la vemos sumisa al Mercado**, incluso gozosa de ser considerada, ante todo, un bien de producción económica. Paradójicamente, en la “era del conocimiento”, éste ha pasado a considerarse valioso, no en sí mismo, sino como **medio de formar “capital humano”**, superior al capital financiero. De ahí la inversión del Estado y empresas en preparar “personal cualificado.

No es que la Universidad anteriormente no tuviese entre sus fines formar profesionales, pero lo hacía paralelamente a la formación general, como personas. Tampoco es que hayan desaparecido por completo ahora las Humanidades, pero sí se aprecia que los criterios pragmáticos de la razón devaluada -“sierva”-, predominan y deslizan la misión de la Universidad hacia la satisfacción de las demandas del mercado, a través de las empresas e instituciones. Como estas demandas rigen a escala mundial, se estandarizan los métodos y contenidos educativos la “gestión empresarial” y la “profesionalización” de los docentes, exigida por la competitividad del mundo globalizado. Las organizaciones internacionales imponen programas, métodos, evaluaciones y comparaciones de rendimiento académico orientadas a imponer un modelo hegemónico mundial. El saber se hace “siervo” y la **autonomía de la Universidad**, esencial a su identidad, **se debilita**.

El “capital humano” define al trabajador en función, sobre todo, de su aptitud para producir e innovar –en la sociedad del descarte, esto es esencial-. Se pide a la educación que eduque no en contenidos, porque éstos quedan obsoletos cada vez más pronto, sino en “competencias” -término tomado del mercado-, siendo la principal competencia la habilidad innovadora, la capacidad de sobreponerse a las crisis y exigencias del mercado buscando soluciones nuevas. El título universitario se devalúa, sobre todo si refleja la enseñanza tradicional, y las empresas son muchas veces las que determinan el currículo

académico e, incluso, las que imparten el aprendizaje a sus empleados. La formación integral es sustituida por los nuevos valores de la eficacia, movilidad, rentabilidad”³.

Bien, pues **¿cómo conciliar racionalidad y sentido, verdad y praxis?**

El doctor Angélico nos puede ayudar a descubrir el sentido en todos los campos y disciplinas del saber, aún en aquellas que ni él mismo sospechara, como las nuevas tecnologías; y nos puede ayudar a unir teoría y praxis, contenidos y competencias, que aparecen a veces reñidos en los nuevos métodos.

4. STO. TOMÁS DE AQUINO A LA UNIVERSIDAD DEL SIGLO XXI

Nos dirigimos a él confiados, pues el Patrón de las universidades y “*doctor humanitatis*” como le nombró Juan Pablo II nos tiene que enseñar a humanizar este mundo. Como él es maestro en dar soluciones a las dificultades más arduas, le planteamos el problema: “**¿Es posible unir hoy racionalidad y sentido? ¿Es posible la autonomía de la universidad hoy?**”

Parecería que no es posible por todo lo dicho, por la férrea imposición de la liquidez por parte del Mercado, que no soporta la solidez del pensamiento tomista. Pero su solidez, no rígida sino dinámica y viva, mostrará que sí es posible.

¿Cómo conciliar racionalidad y sentido?

Santo Tomás se enfrentó en su siglo a problemas parecidos. En el fondo, es el problema de la relación razón-fe. Ante las interpretaciones averroístas de Aristóteles, filósofo que seducía entonces, pero que, según esas interpretaciones, parecía oponerse a la fe y al hombre, pues negaba su alma individual, con lo cual le despersonalizaba, Tomás de Aquino buscó la verdad, con libertad, al margen de sistemas o modas: se puso a investigar qué era lo que realmente decía Aristóteles. Tradujo sus obras, no fiándose de las traducciones árabes ni de la interpretación averroísta, convencido de que la razón, sin ser esclava de la fe, obra prudente y racionalmente al no fiarse de lo que la contradice. Y demostró que entre la razón y la fe hay una armonía natural, que Aristóteles servía mucho mejor que Platón para dar cuerpo racional a la fe cristiana. “*Esta fue la gran obra de santo Tomás –dice Benedicto XVI-⁴, que en ese momento de enfrentamiento entre dos culturas —un momento en que parecía que la fe debía rendirse ante la razón— mostró que van juntas, que lo que parecía razón incompatible con la fe no era razón, y que lo que se presentaba como fe no era fe, pues se oponía a la verdadera racionalidad. Así, creó una nueva síntesis, que ha formado la cultura de los siglos sucesivos*”.

La fecundidad de este principio fundamental de la armonía fe-razón, es muy fecundo en todos los campos del saber y del obrar: teología, metafísica, ética, antropología, filosofía

³ Cf. Corrales Ayala, Salvador, *La Misión de la Universidad en el Siglo XXI*. Revista Razón y palabra. Versión digital www.razonypalabra.org.mx/antiores/n57/scorrales.html. En Laval, Christian: *La escuela no es una empresa, el ataque neoliberal a la enseñanza pública*. México, Paidós, 2004.

⁴ Catequesis sobre santo Tomás, 16 de junio, 2010.

de la naturaleza, psicología, política, derecho, ciencias y técnicas en general. Se aprecia que es posible la interdisciplinariedad cuando está regida por un principio rector -uni-versidad, “cosmos del saber”-. Este principio no puede ser otro que Dios, fundamento del Orden universal. Toda ciencia es estudio del orden en cualquier campo.

Y, así, hemos comprobado que las más actuales teorías físicas –cuando no se salen de su campo- no se oponen a la fe. La teoría del *big bang* es perfectamente compatible con las vías tomistas; e incluso lo son las teorías que postulan un universo eterno en el tiempo, pues santo Tomás no veía contradicción en que Dios lo hubiese creado desde la eternidad. En el campo de la biología, vemos cómo su filosofía de la naturaleza es acorde con la teoría de la evolución; y el hilemorfismo aristotélico, que santo Tomás adopta como explicación del ser material, es perfectamente compatible con las teorías científicas (de nuevo, siempre que estas se mantengan en su campo). Su Filosofía de la naturaleza y Teología, sin pisar terreno científico, aporta soluciones a problemas que la ciencia misma, con sus métodos, no es capaz de resolver, pero que, lógicamente, se plantea, como el de la causalidad, finalidad, azar, providencia, milagros...

Ciencia experimental, Filosofía y Teología son campos del saber distintos y complementarios, necesitados unos de otros y no contrapuestos, en la medida en que busquen la verdad, que es una. El progreso de la ciencia nos convence cada vez más de la racionalidad del universo, de su orden y sentido, de su cognoscibilidad y de la necesidad de un Creador personal e inteligente. Todo ello, ciertamente, no entra dentro de la ciencia experimental, pero lejos de contradecirla, la complementa. La Iglesia ha promovido la Pontificia Academia de Ciencias a la que pertenecen científicos destacados, creyentes o no. No tiene miedo de la verdad. Sólo pone vetos a una experimentación que ponga en peligro la dignidad del hombre y de la naturaleza.

En el terreno de las **Ciencias Sociales** se aprecia también la fecundidad de la armonía fe-razón. Pensemos en el **Derecho y la Política**. Los intelectuales que intervinieron en la Declaración de los Derechos Humanos en 1948, acordes en los mismos, no supieron fundamentarlos, salvo Maritain, filósofo tomista. La raíz de la universalidad de estos derechos está en los derechos naturales del hombre y su dignidad que, sobre bases tomistas elaboraron los teólogos de la Escuela de Salamanca. Santo Tomás es un teórico muy práctico, pues nada hay más práctico que la verdad. Su teología y filosofía es siempre aplicada y aplicable a casos concretos. Y, así, sus teorías sobre el “dominio” legítimo de los niños, de los “amentes”, de los que no tienen fe fueron decisivas para la defensa de Francisco de Vitoria de los derechos de los indios recién descubiertos y la enorme repercusión, teórica y práctica, de sus teorías en Europa y América. La Escuela de Salamanca, de bases tomistas, dio soluciones eficaces a problemas económicos, sociales, políticos, morales de la sociedad de entonces y también de ahora.

En cuestiones candentes de actualidad como la **Ecología, Bioética**, etc., sorprende también la compatibilidad de su filosofía con la fe y con la ciencia actual y, al mismo tiempo, su necesidad ante los graves peligros de la biotecnología cuando se oscurece el orden natural. Dice así Benedicto XVI: *“Cuando se niegan la ley natural y las responsabilidades que conlleva se abre trágicamente el camino al relativismo ético en el ámbito individual y al totalitarismo del Estado en ámbito político. La defensa de los derechos humanos universales y la afirmación del valor absoluto de la dignidad humana se basan en un fundamento ¿No es la ley natural ese fundamento, con los valores no negociables que indica?”* (Catequesis sobre Santo Tomás. 16-6-2010).

En el terreno de la **Psicología y Antropología**, no se puede negar -santo Tomás no lo negaría, pues es un hombre abierto a la verdad, venga de donde venga- los aportes de la psicología científica y experimental, porque el hombre es una unidad de alma y cuerpo, y la corporeidad puede ser medida, pero se mantiene incommovible el orden esencialmente distinto del espíritu y ello impide caer en el reduccionismo de tantas escuelas psicológicas y antropológicas, con grave daño del hombre. La unidad sustancial cuerpo-alma, es fuente de luz que disuelve la confusión de la Ideología de género y demás modas deconstruccionistas actuales, basadas en una antropología dualista. Pero, buen sociólogo, santo Tomás, no justificaría la rigidez y estatismo de los roles masculinos y femeninos en la sociedad, pues la naturaleza no es para él un “principio de comportamiento fijo” sino un “principio fijo de comportamiento” -que diría Millán Puelles- que, como comportamiento vital, es esencialmente dinámico y fuente de cambios accidentales, como lo son los culturales. Lo decisivo es distinguir lo esencial de lo accidental, y a ello debe tender la Universidad en todos sus campos de estudio. El orden moral debe regirlos todos, pues obedece a la ley eterna de Dios, que unifica los saberes (Uni-versidad).

En definitiva, como dice Benedicto XVI; *“santo Tomás nos ofrece un concepto de la razón humana amplio y confiado: amplio porque no se limita al espacio de la denominada razón empírico-científica, sino abierto a todo el ser y por lo tanto a las cuestiones fundamentales e irrenunciables de la vida humana; confiado porque la razón humana, sobre todo si acoge la inspiración de la fe cristiana, es promotora de una civilización que reconoce la dignidad de la persona, la inviolabilidad de sus derechos y la convicción de sus deberes”*(Ib.)

Por tanto, Santo Tomás nos da pistas para unir racionalidad y sentido.

Segunda cuestión, ¿Es posible la autonomía universitaria hoy?

También santo Tomás se enfrentó a este problema, que venía de la mano del anterior: la confusión fe-razón. Su libertad en buscar la verdad, aunque la dijese un filósofo pagano como Aristóteles, le trajo serias oposiciones; incluso algunas de sus tesis filosóficas, que de ninguna manera se oponían a la fe, se incluyeron en la famosa condena de las tesis aristotélicas por parte del obispo de París en 1277, y no fue retirada la censura hasta 1325, dos años después de su canonización. En un tiempo donde no estaba clara la distinción

entre la Iglesia y el Estado, con el peligro de subordinación de éste a aquella y viceversa, Santo Tomás sienta las bases de la autonomía de ambos poderes y de su necesaria complementación. La Filosofía no es “esclava de la Teología”, son campos diferentes. Autonomía, pero dependencia de ambas de la verdad, que es como se conserva la verdadera autonomía. Santo Tomás pone los límites del poder, político y de todo tipo (social, mercantil, ideológico). La conciencia debe objetar lo que obstaculice la verdad.

¿Es posible esto hoy en la Universidad? Hay que hacerlo posible.

Tercera cuestión: ¿Es posible y bueno educar por Competencias?

Las universidades hoy se cuestionan el para qué enseñar y el cómo, los métodos. Está muy bien cuestionarse el fin y los medios; en ello santo Tomás tiene también mucho que decirnos. ¿Para qué la educación? ¿Cómo?

Santo Tomás entiende la educación como “*Promoción de la prole hasta el estado perfecto del hombre en cuanto hombre, que es el estado de virtud*” (*Suma Teológica*, Suplementos III, q. 41, a. 1).

Promover hacia la perfección “*del hombre en cuanto hombre*” es el fin. El fin del hombre en cuanto hombre es la felicidad, es decir, la Bienaventuranza o la santidad. He aquí el “**sentido**” de la educación. Todos los métodos y “racionalidades” pedagógicas, el hacer buenos profesionales solo ¿garantizan que el hombre sea más feliz? Ya vimos que no.

Pero darle al discípulo la felicidad, que sería el fin como operación perfecta, no está en manos del educador. Éste solo puede ayudarle a tener las disposiciones perfectas que son las virtudes (Cf. *Summa Theologiae*, I-II, q.49, a.4 ad 1). El principal agente será él mismo porque tiene la potencia activa de adquirir el saber; el educador es causa coadyuvante, aunque imprescindible, poniendo a su disposición los medios que necesita. Esto es educar para la vida, a ser competentes de cara a esa Felicidad.

Para que el educador pueda ayudar al educando a ser sujeto de su propia educación en las virtudes, tiene que ser virtuoso él mismo, es decir, tener en acto las cualidades que quiere educir de sus discípulos: conocimiento de los contenidos, búsqueda de la verdad, prudencia y demás virtudes morales, ya que principalmente se educa con el ejemplo. Deberá también tener en cuenta las capacidades diferentes de cada educando y las técnicas más adecuadas, fomentando el hacer-hacer con autodisciplina y responsabilidad, manteniendo, a la vez, las adecuadas relaciones con los demás.

Así pues, no se trata solo de enseñar contenidos, sino de dar herramientas para que el propio educando actualice sus potencias. Se trata, en definitiva, de ayudar a ser prudentes, decidiendo adecuadamente en cualquier situación, con vistas al fin próximo y, sobre todo, al fin último. El maestro no está para enseñar todas las soluciones a los múltiples problemas que se le planteen, sino capacitarle para que él los resuelva. Adquirir virtudes es el fin de la educación.

Por tanto, ¿competencias frente a contenidos?

No. La prudencia, que es la principal virtud a promover, según santo Tomás, porque sin ella no son posibles las demás (Cf. *Summa Theologiae*, II-II, q. 47, a.6 ad 3.). Es virtud intelectual y práctica a la vez. No hay dilema entre teoría y práctica en la educación. No puede dissociarse la virtud de los contenidos. Sin verdad no se puede obrar, moral ni técnicamente, bien. Y sin la práctica del bien, la verdad se oscurece. Dada la unidad del hombre, no debe haber contenidos sin acción ni acción sin contenidos. Contenidos y competencias son indisociables.

El maestro *e-duce*, conduce al discípulo desde el mismo discípulo. Por tanto, sin su cooperación, nada. Y no tendrá voluntad si no ve claro el porqué y no lo saborea. Hay que educar el entendimiento, la voluntad y el afecto. Así podrá enfrentar la adversidad, dentro y fuera de sí, en obediencia a la verdad. Hablando de “competencias”, no estaría mal introducir en la Universidad el método competitivo de la *disputatio*, que tanto ayudaba a ejercitarse en la argumentación en tiempo de santo Tomás. Ayudaría a formar alumnos competentes en defender la verdad frente a los errores.

El hombre virtuoso (prudente, templado, fuerte, justo, con ciencia, entendimiento y sabiduría) tiene todas las de ganar en la vida, y, por consiguiente, en el trabajo. La empresa estará contenta con él.

Y, por supuesto, en trabajo cooperativo. Porque el hombre es social por naturaleza, y santo Tomás es modelo de cooperación. Frente al subjetivismo moderno (comenzando con Descartes, Hume, Kant) que quiere hacer tabla rasa de la tradición y partir de sí mismo, Santo Tomás se sienta en el amplísimo círculo de esa orquesta de autores que buscan la verdad, creyentes o no; habla y discute con ellos, acepta y rebate. Cooperación e interdisciplinariedad deben regir la Universidad del XXI.
